

mi fortuna, mi opulencia, y tú eres el único que puedes estimar mi desgracia. No te llamo porque soy dichoso, sino porque me siento en el fondo de mi corazón el más infeliz de los hombres. Ella se va, y yo no podré ver á Elisa sin recordar á Octavia. Elisa es mi castigo, es mi remordimiento.

Por un vago presentimiento de mi desventura, empecé esta serie de cartas, pidiéndote el pésame; ¿me lo negarás todavía?...

El agente de Bolsa es más dichoso que yo, porque ha sabido descubrirla y comprenderla.»

## CARTA XVII.

EL PÉSAME.

Mayo 10 de 1873.

«Veo terminado el relato de tu desventurada historia, y ya no tengo inconveniente en abrirte de par en par mi pensamiento.

Tu situación no es, en verdad, muy lisonjera. No has ganado á Elisa, has perdido á Octavia, y detrás de la plancha del tiro de pistola donde has ejercitado tu destreza, hay enterrado el cadáver de un hombre, cuya vida has arrancado tú con tus propias manos.

Cualquiera que sea la terrible necesidad en que tu honor te haya puesto, tengo por cosa segura que los tribunales de justicia te pedirían estrecha cuenta de ese cadáver sepultado en tu casa, si alguna vez llegaran á descubrirlo.

Ya sé que tu honor te cerraba todos los caminos; comprendo las invencibles dificultades de tu posición en aquellos momentos; el infame ponía tu honra á precio de su fuga; tú tenías una pistola en la mano y la ceguedad de la indignación en los ojos. Confieso que es muy difícil librarse del peligro de semejante situación; mas es el caso que á

nadie le es permitido tomarse la justicia por su mano.

Si de repente descorrieras el velo detrás del cual se esconde esa sangrienta escena, el mundo te aplaudiría; mas entre los aplausos del mundo te verías oprimido por la mano de la justicia humana.

Á los ojos de la sociedad podrías llegar á ser hasta un héroe; y, no obstante, á los ojos de la ley serás siempre un homicida.

En cuanto á mí, no he de ocultártelo; si fuera tú juez, te condenaría; mas no siéndolo, me coloco en tu caso, y te absuelvo. Sin embargo, daría la mitad de mi vida por no ver tus manos manchadas de sangre.

Quieres conocer tu desventura en toda su extensión, y eso es propio de un corazón animoso. Los amigos leales, los verdaderos amigos, nos vemos con frecuencia en la necesidad de ser crueles. Sí, tú lo conoces y yo te lo aseguro: tu desdicha es muy grande.

Es verdad, no te engaña tu corazón; has pasado junto á la felicidad sin verla. La belleza que resplandece en el rostro de Elisa no te ha dejado ver la hermosura que se esconde en el alma de Octavia. Alucinado por la prosperidad que te adula, no has visto que hacías un malísimo negocio. La loca fortuna que te sonreía se burlaba de ti. No creas que esto es nuevo; tu desgracia no sale de la ley común de las desdichas humanas; pertenece, como todas, á la triste condición de nuestro destino.

Has buscado tu felicidad donde no estaba. ¿Qué hay en esto de original ni de extraordinario?... ¿No es esta la causa de todas las infelicidades que nos afligen?... ¿No es ese el error primitivo que nos tiene condenados á la estrecha prisión de esta vida mortal en que nos vemos encerrados?...

Si allá, en el fondo solitario de tu corazón, lloras tu desventura, no debes llorarla más que con los ojos con que todo el mundo llora las tuyas. No vayas á hacer una novela de tu desdicha; lo que á ti te ocurre es historia pura. La belleza de Elisa tentó tu vanidad y sedujo tus sentidos; te ha hecho probar el amargo fruto de un terrible desengaño, y te encuentras arrojado del paraíso. He ahí una catástrofe que se repite todos los días.

Todo esto es más positivo que la realidad de los millones con que te ha enriquecido la prosperidad de tus negocios.

Te lo diré de una manera más bursátil, más financiera, más propia del movimiento de la riqueza pública, en el que parece que hemos fijado nuestra felicidad suprema.

La operación que has hecho es la siguiente:

En la Bolsa del mundo, la belleza de Elisa goza de todos los favores del crédito; es una especie de papel brillante que se cotiza muy alto; está en alza. Octavia, á su vez, representa un valor insignificante; no entra en las cotizaciones, y se halla fuera del movimiento de los negocios.

Tú jugaste al alza, seguro de obtener una ga-

:

nancia que completara tu fortuna. Pero ha llegado el día de la liquidación, has visto la realidad de las cosas, y no te queda más recurso que pagar la enorme diferencia que ahora adviertes entre Elisa y Octavia.

Tan malísimo negocio causaría la ruina de tu corazón; pero cuento con la fortaleza de tu alma, y sé que harás frente al acerbo desengaño que experimentas.

En la obscura filosofía que la vana soberbia de los hombres ha inventado, sólo encontrarías la desesperación de una horrorosa incredulidad. Mas tú conservas en tu corazón la sana filosofía de la fe; ni el mundo en que vives ni las prosperidades que has alcanzado te han corrompido. La fe es un manantial de esperanza, y la esperanza es el único, es el gran consuelo en las tribulaciones de la vida.

Todo esto lo sabes tú perfectamente; pero acaso no lo recuerdes bien en estos instantes en que te encuentras descontento del mundo, de los hombres y de ti mismo.

Desde que leí tu encuentro con Octavia en la alameda de Vistabella, y me enteré de vuestra conversación, concebí acerca del carácter de la amiga de Elisa ciertas dudas que no debía comunicarte.

Desde luego sospeché que aquel encuentro no era casual. Ella había espiado tus pasos, buscando la ocasión de una entrevista, hasta cierto punto misteriosa, y tú, como acontece muchas veces, acudiste á la cita sin saberlo.

No pudo ocultármese que eras víctima de una intriga de mujer, y, al valerme de esos nombres, debo añadir que fuiste víctima de la noble intriga de una mujer generosa.

Octavia había advertido que tu luna de miel no era excesivamente dulce, y quiso echar un grano de azúcar en el vaso de tu felicidad, acercándote á Elisa, de quien te veía alejado.

Entre todas las gentes de buen tono que llenaban tu casa y gozaban de tu opulencia, sólo ella había observado que el cielo de tu dichosa boda no se hallaba completamente despejado de nubes, y preciso es convenir en que Octavia fijaba con demasiado empeño su atención en vosotros.

¿Por qué? ¿Sería una mera curiosidad?

La curiosidad es por sí comunicativa, no se considera obligada á guardar ningún secreto; los curiosos se creen con pleno derecho sobre todo lo que averiguan; por consiguiente, divulgan sin escrúpulo todo lo que indagan.

Ellos disfrutan de dos placeres: el placer de inquirir y el placer de contar.

Octavia guardó discretamente el secreto de sus averiguaciones, puesto que el mundo que te rodea ignora todavía que desde la primera noche de tu boda empezaste á ser el hombre más infeliz de la tierra.

No la movía la curiosidad; era el interés el oculto resorte de su conducta.

¡Interés! Y bien: ¿por quién? ¿Le interesaba la suerte de Elisa? No es creíble.

En esta clase de asuntos, las mujeres, por regla general, no suelen interesarse por la suerte de sus amigas. Si esto no te parece completamente exacto, no lo tomes en cuenta, porque yo no tengo empeño en sostenerlo.

De todas maneras, te será preciso convenir en que Octavia, amiga íntima de Elisa, su compañera inseparable desde el colegio, no había de desconocer la índole dura, fría y orgullosa de la mujer que has elegido para que te ayude á llevar la carga de la vida; y, en tal caso, no era su suerte la que debía interesarle, sino la tuya. ¿No es Elisa dichosa?

Por poca perspicacia que le concedamos, no había de escaparse á su penetración que en esa unión desventurada que el mundo te envidia, tú eres la víctima.

¿Qué secreto impulso la movió á buscarte en la alameda, á llamar sobre ti la frívola atención de aquella brillante concurrencia..., á excitar, en fin, el amor propio de su amiga?...

Discurriendo de este modo, llegué á concebir la vehemente sospecha de que Octavia ocultaba en lo más escondido de su corazón uno de esos sentimientos profundos, tiernos y heroicos que suelen pasar por la tierra ignorados y silenciosos.

Con este dato que la lectura de tus cartas me sugería, no me fué difícil explicarme el proceder de esa noble criatura con Montenegro. Temió, si no por tu honor, á lo menos por tu tranquilidad, y te sacrificó hasta su decoro.

Ninguno de esos seres que se llaman hombres de mundo se determinará á creer semejante sacrificio, porque yo no sé qué especie de triste satisfacción experimentan en no reconocer en nadie las grandes virtudes de que carecen.

Es indudable que Octavia sabía que tú escuchabas, detrás de las cortinas del gabinete del *trousseau*, su atrevida conversación con Montenegro. La sombra que viste desvanecer en el espejo, ¿era la sombra de Octavia ó la de Elisa? Tengo para mí que Elisa, más astuta de lo que te parecía, escuchaba también detrás de la puerta de su tocador. Tú no veías nada de esto, y yo no podía descubértelo. Ahora no hallo inconveniente en que lo sepas, puesto que deseas medir toda la profundidad de tu desdicha.

Octavia debió advertir que entre Elisa y Montenegro existía cierta inteligencia... ¿Sospechó la existencia de la carta sorprendida en la estufa?... ¡Quién sabe! Por cruel que sea, no debes olvidar estas palabras: «Me voy al otro mundo, porque ya no tengo que hacer en este». Octavia se despedía de ti, diciéndote de esa manera que Elisa es incorregible.

Vuelves al propósito de arruinarte como el complemento de tu venganza, y en la situación de ánimo en que te encuentras, te creo muy capaz de ponerte en el caso de pedir limosna.

Tengo por insigne locura consagrar la vida á enriquecerse; la sed de oro que devora á nuestra sociedad es una enfermedad terrible, cuyos estragos

debieran espantarnos ; pero si es un desatino consagrar todo el entendimiento, todo el corazón y toda el alma á amontonar millones, no puedo desconocer que es una tontería coger la fortuna adquirida y arrojarla por la ventana.

¿Y qué te propones conseguir? Ya conoces á Elisa, rica, opulenta, fastuosa ; mas dime : ¿sabes tú de lo que sería capaz viéndose pobre, humillada y miserable? Me parece insensato someterla á tan peligrosa prueba.

Para la prosperidad, para la fortuna, se necesita grandeza de alma ; para la pobreza, para la miseria, se necesita mucha virtud, virtud que escasea considerablemente en estos tiempos de abundancia.

Ahora bien : ¿puedo servirte de algo? Creo que sí. El mundo que te rodea no tiene nada con que llenar el vacío abierto en tu corazón. Estás solo, y puedo hacerte compañía en tu soledad. No es mucho....; pero, en fin, es algo.

Haz que me preparen una habitación en lo más retirado de tu casa. Con una cama sencilla y unos muebles modestos, estaré alojado como un príncipe. No faltes á esta condición que te impongo, porque tengo miedo al lujo. ¡Se acostumbra uno á él tan fácilmente!....

Sólo dos días en la semana comeré en tu mesa. Admiro el superior talento de tu insigne Donato ; mas el respeto que su genio merece me obliga á establecer una prudente distancia. No conviene fa-

miliarizarse con cierta clase de grandes hombres.

Empezaste tu primera carta pidiéndome el *pésame*, y ya ha llegado la ocasión de que te lo envíe. Sí, recíbelo, mientras yo mismo te llevo el abrazo más estrecho que has recibido en tu vida.

¡Ah, infeliz millonario!.... Lo que más me aflige de toda esta lamentable historia, es que merecías ser dichoso y que tú mismo te has convertido en triste ejemplo de la desdicha en la fortuna.»